

I Jornadas Internacionales de Investigación y Debate Político

(VII Jornadas de Investigación Histórico Social)

“Proletarios del mundo, uníos”

Buenos Aires, del 30/10 al 1/11 de 2008

Las estrategias de lucha del Movimiento de Ahorristas Estafados de Mar del Plata.

El escrache como guerra a los bancos.

Lic. Diego Maman

neluhem@yahoo.com.ar

Mgr. Marcelo Gomez

mgomez@unq.edu.ar

1. Introducción

La experiencia de lucha de los ahorristas estafados marplatenses tiene varios aspectos significativos sobre los que no se ha reparado entre las investigaciones y los analistas de la movilización social pos2001. La sorprendentemente escasa presencia de estudios sobre los ahorristas ya ha sido señalada por M. Svampa (2006), a lo que habría que agregar el hecho de que el interés por los ahorristas se haya circunscripto a temas de subjetividad y representaciones sociales^[1].

El caso particular del Movimientos de Ahorristas Estafados de Mar del Plata (en adelante MAEMdP) es un verdadero jeroglífico sociológico dadas las características de sus bases y la escasez de condiciones favorables para la organización y la movilización colectiva. Las bases del movimiento –los descontentos incautados por la medidas bancarias- carecen de los más elementales espacios sociales comunes: no compartían previamente ni lugar de trabajo, ni lugares de residencia, ni estilos de vida o convicciones ideológicas de cualquier tipo. La disparidad de condiciones sociales y el desconocimiento entre los damnificados se erigía en un obstáculo poco menos que insalvable para el surgimiento de acción colectiva en un sentido aún más agudo que el que había llevado a Bourdieu a calificar de “milagro sociológico” a la organización y las protestas de los desocupados. En Mar del Plata este

hecho se agrava por las características etáreas de los damnificados por “el corralito”: edades avanzadas, gran cantidad de jubilados y personas con problemas de salud, y poquísimos antecedentes de participación en protestas o conflictos, es decir, eran personas “vírgenes” desde el punto de vista de la participación en protestas. El punto de partida común de los integrantes del movimiento ha sido el mínimo hecho de ser “clientes” de un mismo banco, de mantener una relación de tipo comercial fuertemente anónima con una entidad financiera. Es notable el hecho de la virtual inexistencia de contextos de micromovilización o una textura de relaciones sociales preexistentes que pudiese propiciar la organización y la acción colectiva^[2]. Esta enorme dificultad ya se había manifestado en el pasado sobre todo en el antecedente de diciembre de 1989 con el llamado Plan Bonex por el cual se realizó un canje compulsivo de depósitos en los bancos por bonos públicos devaluados sin que se generasen ninguna clase de protestas o incidentes y mucho menos organizaciones de damnificados.

El MAEMdP asume un carácter estrictamente reivindicativo: el único lazo de inicio que los une es ser “víctimas” de una determinada decisión de los poderes financieros y políticos. En este sentido, podría darse una aproximación a los movimientos de víctimas de accidentes de tránsito, de catástrofes evitables como Cromagnon, etc. con la salvedad de que mientras en éstos las reivindicaciones de justicia asumen una fuerte dimensión simbólica y emotiva, en el caso de los depositantes asume una concreta y tangible forma de interés económico particular, aún teniendo en cuenta que el significado particular de dichos fondos podía diferir enormemente en cada caso (desde la posibilidad de comprar remedios en un momento que muchas obras sociales habían suspendido atención, hasta realizar operaciones inmobiliarias o comerciales de gran envergadura).

Pero quizás el principal elemento distintivo e innovador de este movimiento ha sido sin duda la radicalización de los repertorios utilizados, el uso de formas atenuadas de violencia en los escraches, las variaciones estetizadas de la parodia y, sobre todo, el carácter prolongado en el tiempo y sostenido en términos de intensidad de la lucha. Las variaciones introducidas en el uso del formato de escrache/boicot a los bancos y su prolongación y frecuencia (hasta 2 veces semanales durante más de 2 años) ameritan de por sí un análisis detallado de este proceso de lucha.

En esta ponencia vamos a analizar algunas de las características asumidas por las estrategias de lucha del MAEMdP y el punto de vista, las vivencias de los actores, sus formas de interpretación o enmarcamientos de sentido puestos en juego por los protagonistas^[3].

2. La lógica del escrache: acción colectiva y estrategia

El análisis de la experiencia de lucha de los ahorristas marplatenses reconoce una serie de procesos que pueden agruparse en etapas, no tanto delimitadas cronológicamente de manera precisa, sino por los rasgos que fueron dominando el desarrollo de las acciones colectivas: 1) una etapa de incubación con las primeras reacciones individuales, es decir, previas a la protesta colectiva; 2) una etapa de gestación y de lanzamiento inicial de la acción colectiva desafiante; 3) una etapa de modulación estratégica de las acciones de acuerdo a las reacciones y respuestas de los antagonistas; 4) una etapa de declinación y cierre de la experiencia.

2.1. Reacciones iniciales. Luego del estupor inicial, los entrevistados miembros fundadores del movimiento, coinciden en que las primeras reacciones a las medidas de restricción bancaria de diciembre del 2001, obedecían a la creencia que se trataba de una medida pasajera y las quejas eran canalizadas a los mostradores de los bancos sin mayores problemas. Fueron dos hechos los que detonaron la precipitación de muchos damnificados a la acción. El primero, las medidas de Duhalde, “el corralón” combinado con devaluación, y el abandono de la promesa de devolución de los depósitos en la moneda de origen. El segundo, las sórdidas estrategias de la casi totalidad de las entidades bancarias que optaron por retacearles atención e información a los clientes, usando una política de rotación de personal por la que los damnificados eran atendidos repentinamente por extraños para no obtener ninguna respuesta. Las evasiones y en muchos casos el maltrato constituyeron detonantes generadores de indignación: “hacían esperar varias horas parados a los abuelos”, “a uno una vez no lo dejaron ir al baño”, “los gerentes se negaban a atender a la gente, muchos ni siquiera eran los mismos, eran nuevos”, “no tenían ninguna respuesta acerca de cuándo ibas a disponer del dinero”, etc.

Las medidas de bloqueo de los depósitos fueron presentadas como hechos consumados. La actitud de gerentes, jefes y personal de atención al público, tendía a maximizar este efecto buscado de “situación cerrada”. Incertidumbre y malos tratos^[4] explican la precipitación de varios ahorristas a la acción: el “Algo hay que hacer” empezó a circular en las colas de los bancos, en las esquinas y bares del microcentro.

Al pasar las semanas e incrementarse la incertidumbre, los malos tratos, y evasivas se registran dos reacciones: a) Surgen autoconvocatorias espontáneas en las filas mismas de los bancos, y aparece una solicitada en un diario y un aviso radial para concurrir a una reunión general en un teatro céntrico. Estas convocatorias fueron muy numerosas pero tenían un carácter informativo, los abogados proponían cursos de acción legal (amparos) y

transmitían información. Pero al mismo tiempo aparecen voces, al principio disonantes (eran rechazadas o abucheadas por muchos), que advierten “si no salimos a pelear, nos comen”; b) Se registran diversos incidentes o “acciones heroicas individuales” que al trascender de boca en boca también estimulan al resto a agruparse. Según los testimonios una abuela le pega un cachetazo a un gerente, un jubilado se niega a retirarse de la oficina de un gerente sin llevarse su dinero, un muchacho entra pateando la puerta a la oficina del directorio de la sucursal, se multiplican los insultos y discusiones con los empleados bancarios, etc. Durante algunas noches se registran roturas de vidrieras de bancos que son tiroteadas con armas de fuego o pintarrajeadas. Estos hechos que parecen marginales tienen enorme importancia para resolver el dilema del rebelde^[5] en la medida en que se convierten en señales que indican una alta predisposición a participar en la lucha, lo que a su vez refuerza la voluntad de luchar.

2.2. Las acciones iniciales. Las primeras formas de protesta son decididas en esas reuniones informativas a mediados de febrero/02. Mucha gente tenía una resistencia y prejuicios muy arraigados respecto de la protesta pública por lo que los entrevistados recuerdan que en las primeras no se llegaba a una veintena de personas que se limitaban a cantar la consigna “Chorros, chorros, devuelvan los ahorros” en el frente de algunas entidades. Muchos ahorristas mantenían una distancia prudente de los acontecimientos desde la vereda de enfrente. Pero la respuesta de los bancos motorizaría rápidamente una dinámica de radicalización. Los directivos no recibían a los manifestantes ni los dejaban entrar a los locales ni siquiera para realizar trámites bancarios comunes y, por si fuera poco, llamaban a la policía que empezaba a aparecer generando gran indignación. Así es que de las primeras expresiones “pacíficas” que fueron 6 o 7 marchas en febrero se pasa al cacerolazo, los huevazos y a golpear las vidrieras. Todos coincidían en que la canalización de la bronca les había hecho muy bien y que había que seguir. “Después de la primer marcha que participé que tiramos huevos, pude dormir esa noche”, dirá J. C. uno de los primeros participantes. En las reuniones comenzaba a aparecer la idea de que “por gritar no nos van a dar ni la hora” y se proponía la estrategia de “no dejarlos en paz”. Sobre esta base se aceptó la idea de que se “hagan recorridas” por la zona bancaria esgrachando por algunos minutos varios bancos. En una de esas recorridas alguien tira una sandía a una vidriera del Banco del Lavoro que se rompe y la policía que hasta ese momento se había mantenido expectante limitándose a impedir que los manifestantes se acercaran a las vidrieras de los bancos, interviene para llevar detenido a un ahorrista lo que genera la inmediata reacción de todos los presentes que tratan de impedir que se lo lleven, se producen forcejeos y finalmente la manifestación se traslada hasta la comisaría céntrica y

permanecen allí hasta que es liberado. En este hecho tenemos un primer intento de control represivo de la protesta por parte de los aparatos del estado mediante una estrategia de “disuasión” utilizando la persecución judicial: el detenido es procesado y varias veces tiene que ir a declarar, la policía busca testimonios en el barrio de residencia del procesado que permitan incriminarlo de algo, etc.^[6] “Muchos manifestantes de ese entonces dejaron de venir por miedo a ir presos” recordaba P., el mismo detenido. Según un Jefe policial entrevistado las primeras ordenes eran “liberar la entrada y salida, impedir las tomas de bancos y prevenir la infiltración de la protesta por parte de activistas y piqueteros (sic) evitando la confrontación física”. Los bancos comienzan a instalar chapones sobre las vidrieras y entradas y la policía comienza a instalar vallas para que los manifestantes no pinten las fachadas.

2.3. El escrache como “estrategia” de guerra. Las protestas rápidamente asumen formas agresivas. La necesidad de desahogo individual se combina con la certeza de que sin “hacer mucho quilombo” no iba a haber ninguna respuesta. La amenaza de procesamiento por “daños” a la propiedad privada fue tomada muy en cuenta y se decidió “no romper” nada. “No eramos como los de capital que iban a las puertas y trataban de romper todo...nosotros pensábamos qué era lo que más convenía sin arriesgarnos” decía J.C.. Así es que los principales impulsores de la protesta “nos desvelábamos pensando que maldades hacer para torcerles la mano a estos h... de p... J.C me llamaba a las 2 de la mañana para contarme que se le había ocurrido hacer esto o lo otro...” recordaba B.. Poco a poco los escraches de ruido, pintadas en vidrieras y eventualmente huevos se convierten en una suerte de pesadilla para empleados, policías y clientes de los bancos escrachados: la idea era no solo ensuciar sino “hacer que los bancos no puedan trabajar”, “si nosotros dejamos de trabajar para luchar por lo que es nuestro ellos también van a tener que dejar de trabajar”, “tenemos todo el tiempo del mundo para amargarles la vida” decía la esposa de un ahorrista. Las marchas empezaron a estar numeradas por pancartas lo que anunciaba la decisión de sostener la lucha en el tiempo como elemento adicional de amedrentamiento: la pulseada por la capacidad de resistencia al desgaste es un elemento central en la generación de “efectos de incertidumbre” en escenarios de confrontación aguda (Tarrow, 1997). En ese punto el escrache se empieza a convertir en una estrategia de boicot, no es que se intenta solo “peticionar”, “expresar” el agravio y la injusticia a la opinión pública, desahogar la bronca, sino obstaculizar, impedir o sabotear el normal funcionamiento de las entidades bancarias. Se decide dejar de lado los escraches breves itinerantes y hacerlos en una o dos entidades por vez pero prolongados e intensos. Se utilizan varias modalidades generalmente combinadas: desde el bloqueo de la entrada al banco, el intento de “toma”

del banco para hacer un cacerolazo dentro del mismo, el “cierre” simbólico del banco “alambrando” la puerta de entrada, el “oscurecimiento” del banco pintando o tapando con papeles todos los ventanales y, finalmente, hacer insalubre el local vertiendo toda clase de porquerías en la puerta o hall de entrada: bosta animal, basura domiciliaria, restos industriales putrefactos de frigoríficos, pescaderías, leche cuajada, sangre, verduras, aceite de motor quemado, etc., de manera tal que no puedan abrir la puerta por el olor insoportable y la suciedad. Testimonios de empleados bancarios recuerdan que algunos compañeros “vomitaban en los baños o se descomponían... alguno vomitó hasta en el mismo mostrador”, “el banco tenía que pagar empresas de limpieza y aún así el olor al otro día era insoportable”, “una vez el banco no pudo abrir por un día entero”, “muchas compañeras tenían ser agredidas y tenían crisis de llanto y ataques de pánico”^[7]. El “sabotaje” a los carteles de cada banco, la satirización del nombre del banco fue también un recurso generalizado y muy impactante para los directivos bancarios. Un delegado de la AB nos decía que el gerente de la sucursal del Banco Río no se molestaba tanto que pintaran y ensuciaran como se desesperaba cuando sobre el cartel del banco pintaron “Me RÍO de la gente”. En el Boston lo reemplazaban por otro “Bosta Bank”, en el HSBC “Hediondo Sistema Bancario Corrupto”, en el Citi “Citiquedan con tus ahorros”. La aparición de algunos cronistas de medios europeos (holandeses, franceses, españoles) llevó también a que muchas pancartas se escribieran en inglés denostando los nombres de los bancos extranjeros.

Este tipo de escraches comenzó a tener una fuerte cobertura en los medios lo que motorizó una mayor participación de gente en los escraches como espectadores (“se paraban los autos para ver”, “bajaba la gente de los edificios”, “nos aplaudían”). Los activistas del movimiento eran seguidos desde la vereda de enfrente por centenares de curiosos que los vivaban y aplaudían. También intimidaba a algunos directivos que comenzaron a escuchar reclamos y recibir petitorios, incluso algunos gerentes hasta llegaron a salir y tratar de hablar con los manifestantes. Pero sobrevinieron toda una serie de nuevos desafíos para el movimiento: decidido rechazo de los empleados bancarios, intervención de fiscales y nuevas órdenes de control de la policía, roces con clientes particulares que muchas veces quedaban “entre dos fuegos” y no podían a veces ni siquiera salir de los locales bancarios. Hacia mayo de 2002 las instrucciones de los fiscales para la policía consistían en no dejar acercarse a las puertas, mantener una distancia de un par de metros, prohibir golpear instalaciones y pintar o ensuciar. La policía advertía con antelación a los manifestantes que si no acataban estas condiciones podían ser detenidos. La guardia de infantería con su presencia intimidante se hacía presente en algunos operativos poniendo en contraste un

grupo de medio centenar de cabezas canosas y mujeres pertrechadas con cucharas y cacerolas con los guardias con sus bastones y escudos delante de la puerta de los bancos. Es en este punto en que la lucha se comienza a plantear de manera estratégica: los integrantes del movimiento comienzan a evaluar alternativas de acción que sin exponerlos directamente a la represión permitan proseguir las presiones sobre los bancos. Además ahora aparecía el aliciente de que el Juzgado Federal de Mar del Plata comenzaba a conceder tímidamente los primeros amparos presentados por ahorristas que obligaban a los bancos a devolver los depósitos, lo que reforzó la militancia y la participación en las protestas.

Las respuestas estratégicas a las nuevas restricciones y el control policial fueron varias: a) Maniobras distractivas o evasivas para eludir el control policial: anunciar el escrache a determinada entidad e ir a otra; empezar a marchar en una dirección y luego cambiar; escrachar por sorpresa sucursales en barrios fuera de la zona bancaria céntrica. Realizar la toma de bancos por sorpresa ingresando como clientes individuales e ir ocupando los hall centrales hasta que al llamado de uno se sacan de entre las ropas pitos, altavoces y cacerolas y se comienza un cacerolazo dentro del banco ante la desesperación de la policía y la seguridad interna del banco. En una ocasión se organizó una mateada en el piso del banco y en otra ingresaron también hijos y nietos de los ahorristas. b) Acatar las restricciones policiales pero reemplazarlas por medios equivalentes: “no se puede golpear vidrieras, entonces llevamos chapas o metales que arrastrábamos con sogas o sirenas que son peores”; “no podíamos pintar vidrieras, llevábamos papel de diario y pintábamos sobre el papel de diario pegado a la vidriera”; “pintábamos la vereda o tirábamos las porquerías en la vereda”, “simulábamos que poníamos bombas” que eran unas pelotas de telgopor pintadas con una mecha que tenían petardos adentro. c) También comenzó una suerte de “modus vivendi” con los jefes de operativos: “La relación con la policía comenzó a ser buena, nos pedían que alternáramos una marcha “liviana” con una “pesada” para no tener que convocar operativos de mayor envergadura y que mientras no hubiera daños a la propiedad privada no tendrían que intervenir... La policía a veces hablaba con alguno de nosotros y nos pedían que “calmemos” a alguno de los más exaltados”, testimonia P.. d) Se comenzaron a escrachar a los gerentes en sus domicilios particulares que realizaban maniobras para no cumplir con los oficios judiciales de amparo concedidos por la Justicia o que persistían en no dialogar o recibir petitorios para resolver los casos más urgentes: personas enfermas, de edad muy avanzada, etc. Los escraches domiciliarios fueron muy conmocionantes. En algunos casos se llegó a la malicia de escrachar el día del cumpleaños con los ahorristas disfrazados con gorros, pitos, matracas y una torta. Aunque no se

realizaron actos de violencia, se pintaban veredas, se hacían “maldiciones” públicas, se dejaban “cruces de sal” en la puerta de la casa, se pintaba el nombre del gerente y la leyenda “asesino”. Los escraches eran difundidos por la televisión local que daba el nombre y apellido del gerente. La efectividad de esta medida no se hizo esperar: algunos gerentes no solo comenzaron a recibir a los ahorristas sino que hasta cumplían con los amparos. Otros como el del Citi Bank fueron trasladados de sucursal por el mismo banco y otros pedían el traslado. Uno de los escraches personales más espectaculares fue el de una gerente del Galicia que se había realizado un implante estético mamario. Mediante la información brindada por alguien del personal de salud que la atendía -que también era un ahorrista estafado- les dio la oportunidad de realizar un escrache tanto en su domicilio particular como en la sucursal que dirigía disfrazando a varias de las mujeres del movimiento con “ubres de vaca” de utilería y pintaron la consigna “Te hiciste las tetas con nuestros dólares”. La gerenta fue trasladada de sucursal e incluso se mudó de la ciudad.

f) La decisión de seleccionar bancos en vez de hacer escraches en serie, permitió también dar al escrache una doble función reivindicativa: por un lado presionar públicamente para una solución general pero también contemplar algunos reclamos particulares, los “casos urgentes” de carácter humanitario. Los ahorristas seleccionaban aquellos bancos que tenían alguno de estos casos y los presionaban con la idea de que si cedían resolviendo los casos urgentes “no los escrachaban más”. En varios casos esta estrategia era exitosa ya que los gerentes optaban por “sacárselos de encima” en muchos casos por depósitos de poco dinero. Este aspecto “humanitario” de la acción colectiva: la movilización de un grupo a favor del reclamo particular de algún miembro, generaba un gran sentido de la solidaridad interna. Una anécdota famosa fue la amenaza de velar al fallecido en la puerta del banco si no le pagaban a la viuda, lo que fue casi inmediatamente concedido.

g) Acciones para neutralizar las maniobras dolosas de los bancos para evitar la ejecución de los cobros por mandamiento judicial de los amparos^[8].

La primera reacción ante las limitaciones policiales a las protestas fueron “la marcha de las mordazas” en la que unas 150 personas “escrachaban” amordazadas con gestos y pancartas pero en absoluto silencio antes de empezar con un cacerolazo atronador. La buena repercusión llevó a profundizar esta tónica de la teatralización que culminó en una suerte de canon de escrache-parodia y de la tematización del escrache: la imposibilidad de canalizar el descontento a través de formas “agresivas” de escrache los llevó a depurar las manifestaciones y elaborar mucho más los repudios. Ya no se trataba de pensar “meras maldades” para “no dejarlos en paz” sino incrementar su atractivo para los medios audiovisuales y la opinión pública, sin dejar de dañar la imagen de los bancos. Así cada

marcha empezó a tener un tema que vilipendiaba los banqueros y las instituciones bancarias, a sus directivos, asociado a fuertísimos cuestionamientos a autoridades políticas nacionales, incorporando elementos del escenario político nacional e internacional. Las parodias eran escenificaciones que requerían disfraces, vestuario, maquetas o cierta escenografía, y todo tipo de recursos muchos de ellos de gran espectacularidad. Sorprende la enorme predisposición de gente mayor para participar en estas teatralizaciones superando el temor al ridículo y elevadas exigencias desde el punto de vista psicofísico. Sorprende también el entusiasmo del público: hay testimonios que turistas de vacaciones que no participaban en sus ciudades de residencia se acercaban a los escraches y las reuniones de ahorristas de Mar del Plata.

La serie de parodias se prolongó durante más de un año con una creatividad y variedad de formas de realización que sorprende por la tenacidad y la frecuencia semanal. También sorprende la habilidad para combinar los motivos reivindicativos del movimiento con situaciones políticas, otros sectores sociales y hasta el contexto internacional.

Algunas de las parodias más destacadas fueron: “La chorriceada” donde hicieron chorizos a la parrilla en la vereda del Citi y convidaban a los transeúntes y hasta los empleados del banco y los periodistas; “Me llamo curralito” donde marchaban en paños menores encerrados en una cerca plástica; “El bono fecal” espectacular teatralización -con ambulancia, camilla con suero, vestimenta médica- de una operación quirúrgica en la puerta del Galicia en la cual le extraen a un ahorrista los intestinos (en realidad eran “chinchulines”) para sacarles los “bonos fecales” que eran los Letes que en ese momento Lavagna proponía como forma de cancelar las obligaciones con los depositantes; “Bin Laden no te olvides del Citi” en la que un ahorrista con disfraz de Bin Laden desde la plataforma de una grúa portuaria le apunta al Citi con una bazooka y le lanza una “bomba de pintura”; “Operación Salam Hussein Tormenta de los Bancos”, donde disfrazados de militares iraquíes juzgan y condenan a fusilamiento a políticos y banqueros argentinos (el simulacro de fusilamiento incluyó sangre de utilería). “Los cavernícolas” donde disfrazados de los picapiedras con máscaras de Duhalde, Menem, De la Rúa, intentan entrar a un banco con un ariete que en la punta tiene la “cabeza de Duhalde”; “La gran cagada”, donde en un inodoro gigante tiraban “excrementos” con las caras de Duhalde, De la Rúa, Cavallo y Menem, y con papel higiénico desenrollado envolvían las fachadas de los bancos; “La verdulería”, donde disfrazados de verduleros colocaron cajones de fruta en la puerta del Banco Credicoop y empezaron a despachar frutas y verduras pero bautizadas con nombres de bonos, bocones, etc.; “El remate del Banco” donde subastan al mejor

postor al Banco Credicoop; “El funeral” donde marchan en silencio vestidos de luto sosteniendo un cajón con la leyenda “Sistema Bancario QEPD”; “Nos dejaron en bolas” salen en paños menores pero asoman “huevos de avestruz” debajo de los shorts; “Los recién estafados” un casamiento donde llegan a la puerta del banco en mateo y luego se baila el vals de los novios en plena avenida Independencia; “El circo” donde el dueño del circo (también víctima del corralito) concurre con las jaulas de animales, malabaristas y zanguistas; “La crucifixión en semana santa” donde un ahorrista en la cruz comienza a descomponerse en serio aunque al principio creen que es una actuación y terminan llamando al médico; “Los chupasangres” con disfraces de banqueros vampiros a los que los ahorristas persiguen mostrándoles una Constitución (en vez de un crucifijo). Para manejar también tonos dramáticos, en algunas ocasiones se conmemoraban el fallecimiento de dos ahorristas donde se colocaban fotos de los fallecidos en las vidrieras de los bancos y las viudas y familiares vestidas de negro hablaban sollozando con los periodistas.

La lógica de “no dejarlos en paz” ahora se matizaba con “si ellos no nos toman en serio, nosotros tampoco” el escrache perdía espesor dramático y violencia pero ganaba en simbolismo, atractivo para públicos amplios y para los medios masivos. Muchas parodias se hacían en horarios arreglados con los cronistas para poder ser transmitidos en vivo. La parodia y la tematización con la inclusión de críticas políticas y sociales permiten una enorme ampliación de los destinatarios de los mensajes y es la sociedad marplatense la que se ve interpelada por la protesta y a la que suma adhesión espontánea y sobre todo colaboración con las protestas: “se nos podía ocurrir cualquier cosa que decíamos ¿qué necesitamos? ¿a quién se la pedimos? y siempre la conseguíamos, la gente se portó muy bien con nosotros” recordaba P.. Prácticamente en la sociedad y la política marplatense, incluyendo al periodismo local, no se escucharon voces críticas hacia la protesta y sus formas y los ahorristas fueron recibidos por el Consejo Deliberante, por el Intendente, y también por el Juez Federal a cargo de los pedidos de amparo y por la Cámara Federal de Mar del Plata. El intendente D. Katz apenas tuvo algún suave encontronazo por las jaulas de animales del circo en la vía pública.

Solo el gremio bancario a través de miembros de varios delegados e integrantes de la comisión directiva cuestionaban de manera cuidadosa las formas agresivas de las protestas que resultaban “riesgosas” para la integridad física y psíquica de los empleados bancarios, pero apoyando el reclamo de los ahorristas. Al principio los ahorristas emblocaban como antagonistas a los empleados bancarios, algunos les hacían gestos y los insultaban desde

las vidrieras, una vez apareció un cartel “Bancarios urgente: solicitar plan trabajar”, pero tempranamente primó la tesitura de separar a “los banqueros” de los bancarios y de iniciar conversaciones con la Asociación Bancaria para limar asperezas y no incurrir en formas de protesta que tengan riesgos para los empleados. Producto de esas reuniones se sacaron comunicados apoyando a empleados bancarios despedidos del Scotia Bank, se realizaron aplausos a bancarios que estaban en conflicto con algunos bancos y en los escraches se pedía disculpas a los empleados. Este punto es importante porque las patronales bancarias intentaron conjurar algunos escraches y, sobre todo evitar afrontar los mandamientos de amparo, pidiéndole al sindicato que decretara paros. Así es que la idea de desviar la presión desde las instituciones bancarias y sus autoridades hacia “los empleados bancarios” y el sindicato, el ardid de apelar al “pobre contra pobre”, no dio resultados. Además el gremio comenzó a advertir a las patronales y a exhortar a los empleados que no colaboren con las maniobras ilícitas para evitar el pago de los amparos concedidos por la Justicia.

2.4. Declive y autodisolución. La última etapa de declive de la acción colectiva viene de la mano de dos factores. Un factor decisivo era la devolución de los depósitos al salir los amparos que en forma cada vez más acelerada beneficiaba a los miembros del movimiento. Aquí claramente se ven las dificultades para resolver el dilema del rebelde y mantener la participación una vez que se alcanzan los beneficios individuales esperados. “Muchos a medida que iban cobrando venían cada vez menos y no se involucraban en los escraches... te daban excusas tontas si no venían y si venían se quedaban calladitos en un costado sin hacer nada” recordaba M. Esto generaba gran malestar entre los que seguían participando y los que todavía no habían cobrado lo que resintió algunas relaciones interpersonales. Era visible una reducción en la cantidad de participantes: algunos escraches no llegaban a las 10 personas.

Otro factor contextual es el cambio de expectativas con la relegitimación electoral de las autoridades, la salida de Duhalde que era el más odiado “enemigo” de los ahorristas y el arribo del Dr. Kirchner, a lo que hay que agregar la defraudación que había provocado la participación electoral de Nito Artaza en la UCR (líder indiscutido de los ahorristas de todo el país). Los ahorristas tuvieron una fuerte posición “anticlase política tradicional” en los escraches en la época de campaña, pero afrontaban la dificultad de que ninguna fuerza política ni candidato había incluido sus reivindicaciones en su agenda electoral. Luego de la victoria de Menem fueron a escrachar el local partidario marplatense del menemismo. A Kirchner luego de asumir, lo parodiaron como un avestruz con la cabeza enterrada en la vereda de un Banco para significar que no los recibía ni se pronunciaba sobre el tema. Sin

embargo, el cambio en el contexto político de alguna manera ahuyentó a algunos participantes activos.

Para marzo del año 2004 prácticamente se habían efectivizado el pago del 85% de los amparos y se habían concedido judicialmente la totalidad de los casi 90 mil recursos solicitados. Ante el horizonte de un cumplimiento total del cobro de los amparos el grupo decide disolverse “triunfalmente” al haber alcanzado el objetivo. El acto que acompañó a la última marcha N° 172 se realizó frente a la Cámara Federal e incluyó la presencia del Intendente D. Katz, de Nito Artaza y de varios dirigentes políticos, sociales y sindicales locales, entre los que estaban algunos de la Bancaria. Simbólicamente “quemaron” las “armas de guerra” como le decían a las pancartas, cacerolas, chapas, disfraces, etc.

3. El punto de vista del actor: el escrache como vivencia y subjetividad

La visión del “corralito”

Es interesante constatar en los testimonios de los ahorristas tanto participantes como no participantes, que casi todos enmarcan el problema de la confiscación de sus ahorros en un problema “histórico” de la argentina contemporánea: “la impunidad” de los poderosos (banqueros y políticos) por un lado y el “desamparo” de “los que trabajan y creen en el país” por el otro. El corralito es el detonante de una percepción de la exterioridad inexpugnable del poder económico^[9] frente a “los ciudadanos de a pié”. Varios incluso relacionaron el corralito con otras “pérdidas” como la precarización del empleo, la desocupación y las reducciones de salarios, frente a los cuales tampoco había protecciones. “Están acostumbrados durante años a hacer lo que quieren...y que a ellos no se los toque...siempre va a haber unos b... que paguen los platos rotos” decía A. La idea de que los poderosos no cayeron en el corralito es generalizada: “A ellos los bancos les avisaron y se llevaron la plata afuera” era una creencia unánime.

Los testimonios femeninos no vacilan en utilizar la palabra “violación”: “Que te hagan esto y que después ni te quieran atender... te sentís violada” dice A.; que sea el Estado el que permita semejante cosa ...” te hace sentir violada por tu propio padre” dramatiza otra. “Ver que el Estado es el primer ladrón te indigna”. Dentro de esta visión sobresale un fuerte componente legalista sin dudas inspirado en el apoyo de la Justicia Federal marplatense a los reclamos: la Ley y la Constitución son “los únicos resguardos, las únicas protecciones que nos quedan”. El poder judicial es vivido como “el último refugio” dentro del Estado. La exigencia del cumplimiento de la Ley fue el caballito de batalla que fundamentó cada intervención pública. Solo se le exige a los gobiernos que cumplan con las leyes y la Constitución.

Autopercepción del grupo

Aunque se tenía prohibido hablar de “montos” depositados, la mayoría de los entrevistados tenía una percepción de la diversidad social presente en la composición del grupo que incluía “grandes ahorristas” o incluso “especuladores de la patria financiera”. Pero también era general la percepción que la gran mayoría de participantes eran de bajos recursos o trabajadores jubilados a los que “desposeyeron de los ahorros de toda su vida”. El rasgo más saliente eran las edades avanzadas que abrían interrogantes acerca de la factibilidad de iniciar una lucha, y por otro la existencia de gran disponibilidad y dedicación de tiempo y esfuerzo que mostraban “los abuelos”. “Claro, los empleados o profesionales atrapados en el corralito no podían estar mucho tiempo pendientes de esto, tenían que laburar. Pero los viejos tenían más tiempo y estaban mucho más envenenados... Para muchos esa plata eran no solamente los ahorros de su vida sino también una forma de solventar gastos de salud, completar las magras jubilaciones...” decía P. Otro factor nítidamente percibido era la falta de experiencia previa. El nivel de participación política de los miembros era casi nula, en muy pocos casos se puede observar un activismo o militancia, dentro de sectores políticos, sindicales u otra organización social: “Nunca...alguna que otra vez fui a una marcha, pero en general no participaba en nada...”; “Jamás me hubiese imaginado que podía hablar en publico”, “yo cuando estudiaba, participé de alguna marcha pero nada mas”; “No solo no había participado en nada nunca, sino que nunca me imaginé que iba a salir a la calle, me iba a disfrazar, tirar basura...”. fueron testimonios recogidos. Es muy interesante el testimonio de una mujer A., de mediana edad, que en las primeras reuniones “...rechazaba la idea de salir a protestar, me parecía que no era el camino, siempre lo había criticado... Hasta que una vez estaba en la calle repartiendo volantes con la convocatoria a una reunión de ahorristas en la fila del banco, y salió alguien del banco y me increpó para que me fuera...finalmente le dijo al policía que me sacara... me indigné tanto... empecé a los gritos... alguien que me conocía lo llamó a mi marido que vino a buscarme...A partir de ese día estaba dispuesta a todo.”. La misma dinámica de la lucha cambia las predisposiciones y las expectativas. Quizás hasta pueda decirse que la fuerza movilizadora de la “indignación” es mayor entre los que carecen de experiencias previas. Otro aspecto movilizador para aquellos adultos más jóvenes (que en general eran los líderes o voceros del movimiento) era justamente la voluntad demostrada por los viejos: “Yo veía a esas abuelas y decía cómo no voy a ir yo también... me avergonzaba de pensar de quedarme en mi casa mientras los viejitos iban a las marchas”, decía G.

Es evidente que el maltrato por parte de los bancos y de las autoridades políticas, detonó la decisión de organizarse y salir a las calles, aceptando el desafío de la exposición pública y el compromiso de la participación. Pero es muy importante señalar que este proceso lleva a los sujetos a confrontar consigo mismos: “Al principio uno es uno y su problema”; “En un primer momento...la soledad nos paralizó”; “Mucha gente, incluso familiares...te decían ¡jodete!, aguantate, ¿cómo no te diste cuenta?...”; “Acá nadie quiere pasar por boludo... entonces mucha gente que en su momento no decía nada después resulta que también estaba atrapada en el corralito”. La autoimputación de la responsabilidad por lo ocurrido (“ser crédulo”, “boludo”) como primera reacción, y el sentimiento fatalista de “ser uno contra el mundo” solamente se disipan con la acción mancomunada y el compartir colectivamente el problema^[10]. El proceso de agenciamiento comienza como "liberación cognitiva" (McAdam y ot., 1999; Gomez, 2002) por el que la confrontación con una situación concreta permite resignificar nuestra posición frente a la realidad. Como plantean Reichman y F.Buey (1993), los movimientos sociales suelen abrir “nuevos espacios cognitivos y sociales” dejando huellas indelebles en la constitución social e individual de los sujetos participantes.

La vivencia de la lucha callejera

La liberación cognitiva, el paso de la indignación impotente y solitaria a la esperanza de una lucha compartida, culmina en la vivencia de la práctica callejera del escrache. El sentido de “alteridad”, de ser otro, aparece testimoniado varias veces: “En las marchas me sentía “desdoblada”... que podía hacer lo que cotidianamente no hago”; “Vos no sabés lo que era el tano cuando empezó... no se animaba ni a hablar en las reuniones...”; “Mucha gente te decía: ¡esto me arruinó ... pero me cambió la vida!”; “F... que era un viudo “amargado”, un tipo grande... hasta consiguió novia”; “Ayudaba mucho el clima entre nosotros, el sentido del humor que es necesario para no derrumbarse...Cualquiera traía las ideas más disparatadas, la tomábamos y le íbamos dando forma con los aportes de todos”. La desinhibición, el desahogo de la agresividad contenida, y experimentar la solidaridad grupal y el apoyo de la ciudad, son vistos como verdaderos transfiguradores de la personalidad.

La creatividad de los escraches puede comprenderse en el marco de un dispositivo colectivo donde se permite que la indignación vague libre e incontenible hasta romper con la lógica de los repertorios conocidos. El nomadismo (Deleuze y Guattari, 1992) de la asociación libre de ideas para perpetrar y planificar los escraches rompe con el sedentarismo inercial y permite que los que se sintieron ahogados en la intolerancia de la

impunidad, comiencen a respirar dejándose asaltar impunemente por la intolerancia hacia lo establecido.

Los participantes, expuestos a los fogonazos de las cámaras fotográficas y las pantallas de TV, sintieron un grado de exposición pública no imaginada con fuertes efectos invasivos de su subjetividad. El hablar en público, charlas, conferencias, programas de TV, teatralizaciones públicas, el debate con el otro, fueron situaciones no previstas y en muchos casos ni siquiera deseadas, pero que les permitió encontrar fuentes alternativas de autoestima y confianza: “La gente me reconocía en un colectivo, en un boliche, y me saludaba y me daba ánimos”; “Hasta había familiares de mi provincia que nunca me llamaban y me vieron en Crónica TV y me llamaban...”. La representación de que la lucha había sido “histórica” también aparece en algunos testimonios no sólo aludiendo al hecho de que “En M del P. Nunca se había visto nada igual”, sino a la cuestión de que “Lo que hicimos es un ejemplo para todos, especialmente para los más jóvenes... hay que perder el miedo a juntarse y luchar por lo que es justo”; “Al menos que mis nietos digan ¡esta vieja luchó por algo!”, decía C. con sus siete décadas.

4. Conclusiones

Como vimos, en el caso del MAEMdP, la protesta fue convirtiéndose en una pulseada estratégica compleja, dilatada en el tiempo, con golpes y contragolpes entre movilizadores, bancos, bancarios, policía, justicia, política, medios de comunicación y hasta turistas, etc. Muchos de estos mismos protagonistas entrevistados espontáneamente caracterizan lo ocurrido con la palabra “guerra”. Hay varios rasgos que aproximan este proceso de lucha a una situación bélica o de “combate abierto”: a) los ahorristas se plantean un objetivo irreductible no negociable: la devolución íntegra de los depósitos y consideran la confiscación “un robo” inadmisibles que excluye cualquier clase de “reconocimiento” o “legitimidad” a la medida; b) para lograrlo en determinado momento definen que se trata de una pulseada de fuerzas -y no de razones-, es decir se plantean medios coactivos como medio válido para alcanzar el objetivo^[11]; c) muestran estar dispuestos a sobrellevar todos los obstáculos e impedimentos que se les oponen (voluntad de luchar); y d) utilizan la astucia o el razonamiento estratégico para canalizar el uso de la fuerza coactiva para imponer su voluntad^[12]. El hecho de que se hayan verificado fallecimientos entre los movilizadores y gente que se enfermó muestra que el elemento de “arriesgar” la vida en la lucha propio de la guerra no estuvo tampoco ausente, al menos de manera simbólica o metafórica.

La misma terminación del conflicto anunciada mediante un concurrido acto público reviste la forma típica de rito de armisticio, de paz y de superación de los agravios.

En este sentido “guerrero” y estratégico, la utilización de repertorios tipificados como el escrache no tienen sólo propósitos “expresivos” (“si no hay justicia, hay escrache” decían los introductores de esta modalidad en la Argentina, la agrupación HIJOS) sino “instrumentales”, es decir, forzar a los bancos, al poder judicial y político a devolver los depósitos incautados, haciendo insostenible el “no pago”.

Para los ahorristas, el recurso a la acción colectiva beligerante aparece como estrategia frente a una situación de “desamparo”, de “desprotección” o indefensión ante las fuerzas operantes en los campos de la política-Estado, y del dinero-Bancos. En este sentido podría decirse que en la visión de los protagonistas se trató de una “guerra de legítima defensa”. El poder inexpugnable de la “movilidad” evasiva y misteriosa del dinero (Lewcowicz, 2002) ejercido por los bancos a través de su “fuga”, era enfrentado mediante el escrache entendido como asedio o bloqueo “inmovilizador” del banco: nadie ni nada podía entrar y salir. El recurso a la visibilidad mediática favorecía también la radicalización de los repertorios en una estrategia de penetración en las agendas de los medios visuales de comunicación de masas, asociando el reclamo por los ahorros con otros temas instalados en la agenda pública y mediática (desde la guerra de Irak hasta las elecciones del 2003).

BIBLIOGRAFIA

Alberoni, F. (1991): *Génesis*, Rio de Janeiro: Ed. Rocco.

Battistini, O. (coord.) (2002): *La atmósfera incandescente. Escritos políticos sobre la argentina movilizada*, Buenos Aires: Ed. Trabajo y Sociedad.

Bobbio, Norberto (1992): *El problema de la guerra y las vías de la paz*, Buenos Aires: Ed. Gedisa.

Cafassi, Emilio (2002): *Olla a presión. Cacerolazos, piquetes y asambleas sobre el fuego argentino*, Buenos Aires: Libros del Rojas, UBA.

Cafiero, Mario (2002): *La argentina robada. El corralito, los bancos y el vaciamiento del sistema financiero argentino*, Buenos Aires: Ed. Macchi.

Craig Jenkins, J.(1994): “La teoría de la movilización de recursos y el estudio de los movimientos sociales”, en *Rev. Zona Abierta*, N°69/1994, España, p. 5-41

Deleuze, G. y Guattari, F. (1992): *Mil Mesetas*. España: Ed. Pretextos.

- Di Marco, G. y Palomino, H. (comp.) (2004): *Reflexiones sobre los Movimientos Sociales en la Argentina*, Buenos Aires: Ed. JB y UNSAM.
- Elster, Jon (1993): "Acción colectiva" p. 125-134, en *Tuercas y Tornillos. Una introducción a los conceptos básicos de las ciencias sociales*, Barcelona: Gedisa.
- Foucault, Michel (2000): *Defender la sociedad*, Buenos Aires: FCE.
- Gomez, M. (2002): "Crisis del capitalismo, formas de conciencia y resurgir de la acción colectiva", en *Rev. Theomai*, Número Especial Invierno /2002.
- (2003): "Social movements and collective action in Latin America: some questions on the potential political transformer of the masses' interventions" en *Rev. Theomai*, N° 7, first semester of 2003.
- (2006): "Crisis y recomposición de la respuesta política estatal ante la acción colectiva desafiante en la Argentina 1989-2004", *Revista Argentina de Sociología* N° 6/Junio 2006, Buenos Aires.
- Lewkowicz, Ignacio (2002): *Sucesos argentinos. Cacerolazo y subjetividad postestatal*, Buenos Aires, Ed. Paidós.
- Lichbach, Mark (1997): "Nuevas reflexiones sobre racionalidad y rebelión" en *Revista Zona Abierta*, N° 80/81, Madrid, 1997.
- McAdam, Dough, John McCarthy y Mayer Zald (eds) (1999): *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid: ISTMO.
- Naishtat, F (2005): "Ética pública de la protesta colectiva", en *Tomar la Palabra*, Schuster, Federico y ot., Ed. Prometeo, Buenos Aires.
- Negri, A. y Cocco, G. (2006): *GlobAL. Biopoder y luchas en una América Latina globalizada*, Ed. Paidós, Buenos Aires.
- Neveau, Erik (2002): "Militancia y construcción identitaria", en *Sociología de los Movimientos Sociales*, Barcelona: Ed. Hacer.
- Schilman, Fernanda (2004): *Convivir con el Capital financiero: corralito y Movimiento de ahorristas (Argentina 2001-2004)*, Tesis de Doctorado, Universidad Rovira I Virgili.
- Smulovitz, Carolina (2003): "Protest by other means. Legal mobilization in the Argentinian crisis" ponencia en Conferencia Estrategias de accountability social en A. Latina. Acciones legales, medios de comunicación y movilización. Universidad Torcuato Di Tella, Buenos Aires.
- Svampa, M. (2006): "¿Réquiem para el ahorrista argentino?", en *La Normalidad*, Instituto Goethe, Buenos Aires, ed.literaria a cargo de G.Massuh, recopilado por Sol Arrese et al, Buenos Aires, Interzona editora)
- Tarrow, Sidney (1997): *Poder en movimiento*, Madrid: Alianza.

Tilly, Charles (1978): *From mobilisation to revolution*. EUA: McGraw-Hill.

Tilly, Charles (1990): “Modelos y realidades de la acción colectiva popular” en *Rev. Zona Abierta*, Nro.54/55.

Zibechi, R. (2003): *Genealogía de la Revuelta*, La Plata: Ed. Nordan y Ed. Letra Libre.

NOTAS

[1] Los estudios sobre la movilización de las clases medias desatada con la crisis del 2001, muestra un notorio desbalance entre los análisis del fenómeno asambleario y la casi ausencia de estudios de los ahorristas. Los análisis de Battistini (2002) y Cafassi (2002) y el trabajo de M. Cafiero (2002) sobre el corralito no incluyen sino episódicamente referencias a las luchas de los ahorristas. Zibechi (2003) casi no los considera en su genealogía de la revuelta. Hemos accedido via internet a un par de tesis de posgrado (Schillman, 2004) y una ponencia para un congreso (Smulovitz, 2003).

[2] Según las formulaciones clásicas de la teoría de la movilización de recursos (Craig Jenkins, 1994; Neveau, 1999) estos serían prerequisites importantes para explicar la acción colectiva. Ni “cat-ness” (pertenencia a una categoría estructural) ni “net-ness” (pertenencia a una comunidad o a una red de vínculos asociativos de carácter electivo o voluntario) según la célebre fórmula de Tilly (1978). Los ahorristas compartían la débil categoría de “jubilados” y no mucho más que una pertenencia simbólica como “vecinos” marplatenses.

[3] Se utilizan como fuentes diversos relevamientos realizados en el marco del PICTO “Transformaciones de la relación entre acción colectiva contestaria, Estado y régimen político en la Argentina” dirigido por E. Villanueva con sede en la UNQ. Se realizaron 14 entrevistas semiestructuradas a miembros del MAEMdP, 3 entrevistas a ahorristas no miembros, 4 entrevistas a empleados bancarios, 2 entrevistas a dirigentes sindicales bancarios, dos entrevistas a jueces, dos entrevistas a empleados judiciales, y 2 entrevistas a jefes policiales. Además se analizaron escenas de 42 protestas filmadas por canales de TV locales y Crónica TV entre 2002 y 2004.

[4] Los malostratos en los bancos constituyeron una “cognición caliente” (McAdam, y ot., 1999) en el sentido que hizo evidente que no se trataba de una medida circunstancial por una emergencia, y que empezaba a ser vivido como un abuso y un despojo intolerable.

[5] Según los clásicos planteos de la teorías de la acción racional las expectativas de que los demás van a luchar aumenta la predisposición de cada uno a la lucha (Ver Elster, 1993 y Lichbach, 1997)

[6] Se trata de una represión blanda, legal, selectiva, y preventiva en términos de D.Della Porta (en Mc Adam y ot.,1999) que busca amedrentar y desincentivar la participación de la protesta persiguiendo a los líderes visibles de la misma, y sin incurrir en costos de opinión pública para las autoridades.

[7] Es especialmente dramático el testimonio de un empleado bancario del HSBC que cuenta que durante un escrache sonó una alarma de incendio en la sucursal por un problema eléctrico que estaba produciendo humo y acudieron los bomberos, pero los ahorristas no dejaron entrar a los bomberos ni salir al personal porque pensaban que era una maniobra para “desviar la atención” sobre el escrache. Solo la intervención policial permitió salvar la angustiosa situación.

[8] A los efectos de que el oficial de justicia encargado de ejecutar los amparos no encontrase dinero en el tesoro de las entidades bancarias, los gerentes disponían que sin registro alguno, el dinero “pernocte” en bolsas no identificadas en camiones de caudales, o que pasee por la ciudad hasta tanto se retiren los funcionarios judiciales. Otras veces hacían que los empleados las oculten en sus ropas, y hasta en los baúles de automóviles. En una oportunidad un gerente que ocultaba en su propia casa dinero del banco, no recordaba uno de los tantos escondrijos donde lo había dejado. Ante esto los ahorristas trataban de impedir que salieran o cargaran los camiones de caudales antes de la llegada de los oficiales de justicia con los mandamientos de pago.

[9] Los escraches eran vividos como un intento de “perforar” esta inexpugnabilidad que se metaforizaba en los chapones en las vidrieras de los bancos.

[10] Vale recordar el “error inicial de atribución” estudiado por Ross. (Ver McAdam, 1999) y también el “Status Naciente” (Alberoni, 1991), como una exploración de las fronteras posibles dentro de un contexto histórico.

[11] Aludimos aquí a la lógica típica de la guerra según lo planteara magníficamente Foucault (2000) si la lucha comienza por el intento de imponer una verdad invocando la razón del “derecho” y la “justicia” es decir buscando la aceptación de la legitimidad en un marco común de creencias y procedimientos compartidos, en el transcurso de la guerra desaparece la ilusión en un marco compartido y es la lucha misma la que se va convirtiendo en la fuente del derecho y la justicia: la voluntad de perseverar en la lucha, la persistencia, la masividad de los apoyos, las vacilaciones de los adversarios, sus divisiones, el coraje de las fuerzas propias y las miserias y genuflexiones de las del enemigo, etc. son la muestra de la “verdad”, y se convierten en la fuente sustantiva de la legitimación.

^[12] Es la definición más clásica de guerra: dialéctica de voluntades que utilizan la fuerza para imponerse (Bobbio, 1992).